

## TRABAJAR LA AUTONOMÍA Y LA RESPONSABILIDAD CON LAS FAMILIAS DESDE LA EDUCACIÓN SOCIAL: DE LA FEMINIZACIÓN DE LA DEMANDA AL ACOMPAÑAMIENTO SOCIOEDUCATIVO

Eva Bretones Peregrina  
Universitat Oberta de Catalunya  
ebretones@uoc.edu

Jordi Solé Blanch  
Universitat Oberta de Catalunya  
jsolebla@uoc.edu

Asun Pie Balaguer  
Universitat Oberta de Catalunya  
apieb@uoc.edu

### Resumen

En esta comunicación se analizan algunos de los aspectos más relevantes que la división arquetípica entre lo masculino y lo femenino lleva a relacionar el Estado social con las mujeres. La cuestión de la autonomía y la responsabilidad que se debate aquí nos lleva a preguntarnos por los problemas singulares que afectan a los contextos de vida femenina y que se manifiestan en múltiples situaciones familiares, pero también sociales y económicas que acaban motivando la feminización de la demanda en los servicios sociales. A su vez, se analizan las prácticas profesionales que se encargan de dar respuesta a esta demanda desde la educación social, sobre todo cuando son ejercidas por mujeres, mayoritarias en este campo profesional. Con el objetivo de superar ciertos roles de subordinación social que se les asigna, proponemos un modelo de trabajo basado en el acompañamiento socioeducativo, que se caracteriza por hacerse cargo del caso particular, en lo real y lo cotidiano. La autonomía y la responsabilidad del profesional dan lugar así a la interdependencia, que se asume como recurso y como proceso. Ésta permite al profesional incorporar su propia experiencia y la del otro. Sólo desde el reconocimiento de la debilidad es posible alcanzar la fortaleza, la propia y la ajena.

**Palabras clave:** autonomía, familia, feminización, servicios sociales, educación social, responsabilidad.

---

**Abstract**

In this paper we analyze some of the aspects most relevant that the archetypal division between male and female leads to relate the welfare state with the women. The question of autonomy and responsibility discussed here leads us to wonder about problems that affect the women's life contexts and that are manifest in multiple family situations, but also socials and economics that just motivating the feminization of demand of the social services. In turn, we analyze the professional practices that take care for responding to this demand from the social education, especially when carried out by women, which are majority in this professional field. In order to overcome certain subordinate social roles assigned to them, we propose a working model based on social and educative accompaniment, characterized in taking over the particular case in its reality and everyday life. The autonomy and professional responsibility give rise so to interdependence, which is assumed as resource and process. This allows the professional incorporate your own experience and of the other. Only since the recognition of the weakness is possible to achieve the strength, strength of self and of the other people.

**Keywords:** autonomy, family, feminization, social services, social education, responsibility.

*“(...) los Estados modernos han inscrito en el derecho de la familia, y muy especialmente en las reglas que regulan el estado civil de los ciudadanos, todos los principios fundamentales de la visión androcéntrica. Y la ambigüedad esencial del Estado reside en una parte en el hecho de que reproduce en su propia estructura, con el enfrentamiento entre los ministerios financieros y los ministerios destinados al gasto, entre su mano derecha, paternal, familiar y protectora, y su mano izquierda, abierta a lo social, la división arquetípica entre lo masculino y lo femenino, siendo el caso que a las mujeres se las relaciona con el Estado social, en cuanto que responsables y en cuanto que destinatarias privilegiadas de sus atenciones y de sus servicios”*

(Bourdieu, 2000: 109-110)

### **1. La familia en desorden**

La familia es una institución que no podemos disociar del sistema económico y social en el que vivimos. Así, la antigua familia nuclear es un producto de la sociedad industrial que imponía principios de organización entre el trabajo familiar y la producción en los que se adjudicaban roles de género desiguales: el trabajo familiar no remunerado estaba reservado a las mujeres y el trabajo productivo dirigido al mercado estaba destinado a los hombres. Los modelos familiares actuales, sin embargo, responden a las necesidades de una sociedad donde las situaciones de producción se han diversificado, haciéndose extensivas también al contexto de vida de las mujeres. Obligadas a llevar una existencia económica independiente, ya no se puede seguir recurriendo a las tradicionales adjudicaciones de roles de la familia nuclear. Hombres y mujeres son empujadas a liberarse de las antiguas relaciones que mantenían con la familia para vincularse a nuevas formas de convivencia donde la regla será un ir y venir según las diferentes fases de la vida.

El nuevo tipo de familia es fruto de un sistema económico y social que ha impuesto mayor ‘libertad’ en el mercado de trabajo, un concepto que debe traducirse en términos de flexibilidad, inestabilidad, movilidad y riesgo que exige la autoadaptación forzada de los individuos y la internalización de nuevos estilos de vida que chocan con las estructuras familiares tradicionales, basadas sobre todo en la división familiar del trabajo. Hoy en día no es posible mantener un modelo basado en esa división, donde el hombre se desarrollaba en el mercado laboral y la mujer en un trabajo doméstico de por vida. Hoy toca unir dos biografías que deben desarrollarse por igual en el mercado de trabajo pero a costa de sacrificar las relaciones amorosas y lo que éstas conllevan cuando dan origen a una familia, un matrimonio, la maternidad, la paternidad, etc.

Para entender los estilos de vida asociados a las nuevas familias debemos tener en cuenta, pues, sus condiciones materiales y de subsistencia, las exigencias internalizadas del mercado de trabajo que determinan una biografía laboral o una vida profesional, dependiendo de la posición social que se ocupa. Desde la perspectiva del trabajo educativo con las familias, no se podrá recurrir, entonces, a un repertorio de normas conductoras con las que se definía una forma de vida familiar que tenía todo su sentido en la sociedad industrial, pero no en la sociedad tardoindustrial e individualizada que nos ha tocado vivir ahora. “Lo que antes se hacía sin preguntar –nos dicen Beck y Beck-Gernsheim (2001, 23)-, hoy hay que hablarlo, razonarlo, negociar y acordar y, justamente por ello, siempre puede ser anulado. Todo se vuelve ‘discursivo’. Es en ese mundo discursivo donde deben inscribirse las prácticas educativas en las familias, capacitar a los protagonistas para que acuerden sus reglas, asumiendo su provisionalidad, porque siempre devendrán falsas e injustas.

La situación actual se complica cuando vemos que la familia contemporánea se ha convertido en una institución que acepta todo tipo de alianzas, sistemas de filiación y modos de parentalidad, desde los modelos más utilitaristas (matrimonios concertados) y normativos (modelo heterosexual tradicional y hegemónico) a los más variados y heterogéneos, donde se mutilan miembros hasta ahora indispensables (madres solteras), se multiplican las procedencias (familias recompuestas) y las segundas oportunidades (viejos solteros o divorciados con mujeres jóvenes y a la inversa) o se igualan las antiguas diferencias sexuales (familias homosexuales), cada una de ellas con sus hijos, y sus padres, emancipados o no de roles, sexualidades y géneros tradicionales. Una eclosión, dentro de la familia afectiva, de nuevas formas de organización de la familia en las que el trabajo educativo y familiar deberá hacerse cargo, dentro de esa dinámica discursiva que apuntaban Beck y Beck-Gernsheim (2001), de la necesidad de sostener alguna forma de estructura, que ni supondrá la defensa del restablecimiento de la antigua autoridad patriarcal, superada ya desde los años sesenta, ni la obstinación por la pervivencia incorruptible de la diferencia sexual, si bien el deseo de un hijo siempre tendrá algo que ver con la diferencia de los sexos –tal y como nos advierte Roudinesco (2004)-, sino un orden simbólico capaz de responder a las mutaciones de la familia que han ido surgiendo, desde hace unos años, en nuestra vida social.

El trabajo educativo debe desligarse, pues, de los modelos y las seguridades tradicionales, de las leyes morales generales y de los controles ajenos, excepto en aquellos casos en los que deba

prevenirse el abuso, la violencia o el maltrato, para acercarse a las posibilidades de vida de cada cual y a las decisiones que toma cada individuo que, por supuesto, pueden basarse en el amor libre y todo lo que éste conlleva de ampliación de posibilidades de acción, pero también de ‘ampliación del campo de batalla’, parafraseando el título de una de las novelas de Michel Houellebecq (1999), con sus riesgos, conflictos y rupturas.

Las posibilidades del trabajo educativo no pueden dirigirse, pues, a las familias propiamente dichas, sino a los miembros individuales que las conforman. Es una consecuencia de los tiempos que vivimos, donde la individualización significa que los seres humanos nos liberamos de los roles de género internalizados, tal y como estaban previstos en el proyecto de construcción de la sociedad industrial, en la que se imponía la familia nuclear, para construirse bajo pena de prejuicios materiales una existencia propia en la que deben tenerse en cuenta muchos factores (laborales, de formación, de movilidad, de creencias, etc.), en detrimento de las relaciones familiares, amorosas o de cualquier otra naturaleza. Sin embargo, son esas relaciones las que reclaman algún tipo de refuerzo porque en ellas se deposita el sentido de toda una existencia. Es ahí donde dirigirán su demanda los miembros individuales que conforman las familias y las parejas.

Si las condiciones materiales de la existencia de los individuos dificultan o impiden el desarrollo de relaciones satisfactorias, éstos acabarán depositando en ellas todas sus expectativas. Es en este trasfondo donde la familia se convierte en una instancia central para la construcción de uno mismo y de aquello que le rodea. En la convivencia se construye un universo de interpretaciones, valoraciones y expectativas que abarca desde los incidentes triviales diarios a la búsqueda de un sentido global a toda una vida. La convivencia es lo que permite que cada cual se construya en relación al otro y, por lo tanto, se afirme en su identidad. La familia deviene, así, una institución especializada en producir sentido y estabilidad personal, a falta de otros referentes válidos capaces de llenar el vacío del individuo contemporáneo; pero por esa misma razón, puede ser la fuente de grandes frustraciones y un profundo malestar, lo que motivará la verdadera demanda del trabajo familiar, sea para atender los conflictos exteriorizados cuando la convivencia produce decepción, amargura, rechazo y todo tipo de agresiones y luchas domésticas, sea para llenar el vacío desesperante de la vida en familia.

## 2. La feminización de la demanda en el trabajo social y educativo con las familias

¿Es el trabajo social y educativo con familias cosa de mujeres? Cosa de mujeres y entre mujeres, a tenor de quien realiza la mayoría de demandas en los servicios y quien acaba llevando a cabo los programas de atención familiar. No hay una intención crítica en esta constatación; por el contrario, se trata de una evidencia empírica a partir de la cual iniciaremos nuestra reflexión.

Centrémonos en el primer aspecto. Que las mujeres sean las que acudan a los servicios sociales a solicitar ayuda, prestaciones o atención familiar no sólo reafirma la división de roles de género en el seno de los hogares y la pervivencia de antiguas estructuras, donde ellas asumen el trabajo gratuito en los mismos y, por lo tanto, el cuidado de sus integrantes, sino que la falta de recursos, capacidades y libertades muestra una tendencia en contra de las mujeres o los hogares a cargo de mujeres.

La primera observación que hay que hacer es que el trabajo gratuito de las mujeres en los hogares familiares es un serio obstáculo a su integración en el mercado laboral, un trabajo gratuito, y un tiempo de trabajo, que no cesa de crecer como efecto de la crisis económica y los programas de ajuste estructural de los gobiernos.

El recorte de las políticas sociales y el impulso de medidas neoliberales en el plano macroeconómico ejercen una influencia significativa sobre el trabajo no remunerado y las condiciones de vida de las mujeres. Cuando el estado abdica de sus funciones en materia de protección social éstas recaen invariablemente en la familia y nuevamente son asumidas por las mujeres. A su vez, y en la medida que todos los países recurren a la desregulación del mercado de trabajo, se produce una creciente diferenciación entre una clase de trabajadores altamente cualificados con ingresos altos y una ‘periferia’ cada vez más amplia de trabajos precarios que son ocupados mayoritariamente por mujeres e inmigrantes, sin que una condición excluya forzosamente la otra. Si la participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha aumentado, las condiciones bajo las cuales se insertan en ese mercado en un contexto neoliberal como el que vivimos son cada vez más desfavorables, tal y como han demostrado diversos estudios, a nivel nacional e internacional (VV.AA, 2002).

La situación que hemos descrito explica una de las causas por la que se produce una feminización de la demanda en los servicios sociales, y es que las mujeres, por diversas razones, se ven obligadas a asumir la responsabilidad de la supervivencia familiar. La demanda más común acostumbra a ser económica, pero la disminución de los presupuestos por razones de ajuste de las cuentas públicas limita las prestaciones con las que se podrían cubrir ciertas necesidades básicas. Por otro lado, estas mujeres piden también otro tipo de apoyos de acuerdo a la identificación que ellas mismas hacen de sus necesidades. En ambos casos, los profesionales se ven impelidos a desarrollar algún tipo de trabajo familiar.

La feminización de la demanda en los servicios sociales es, a día de hoy, un hecho incuestionable cuando se atiende a las familias. No sólo han aumentado los hogares a cargo de ‘mujeres solas’, sino que, tal y como hemos apuntado al principio, las mujeres no han dejado de hacerse cargo de todos los hogares, lo que supone el mantenimiento de la desigualdad de género en el ámbito familiar.

No cabe duda que esa es una de las dificultades que encuentran los profesionales cuando desarrollan planes de atención individual y/o convivencial. Hay una asimetría evidente de las prioridades familiares de acuerdo a las necesidades manifestadas por el hombre o por la mujer. Conseguir la implicación de los hombres en el trabajo social y educativo que se propone desde algunos servicios puede llegar a cuestionar una desigualdad que, sin embargo, ofrece una forma de estructura y equilibrio, si bien se trata de una estructura que legitima los valores sobre los que se sostiene la dominación masculina y la división sexual en el orden de todas las cosas –como diría Bourdieu (2000)- donde los espacios y tareas asignados a hombres y mujeres se confrontan.

Parece evidente, pues, que en la familia se proyectan las situaciones de conflicto histórico entre hombres y mujeres. Ayudar a encarar esos conflictos no es fácil y, en cualquier caso, conlleva sus riesgos. En una situación así los profesionales se debaten, como mínimo, entre dos tipos de reacciones. Quienes se identifican con lo que sacrifican las mujeres quisieran ayudarlas a emanciparse de sus cargas familiares, que a menudo quiere decir ayudarlas a emanciparse de los hombres con los que cargan, pero alentar una separación o divorcio implica un riesgo de aislamiento y exclusión cuando no es fruto de una decisión personal o esas mujeres no cuentan con

los medios para ganarse la vida por sí mismas y una red socioemocional que las ampare. Por eso lo más común es trabajar sin cuestionar el *'status quo'* de la organización familiar, aunque con ello se refuerce una situación que en el fondo las perjudica: una posición acrítica con el sistema que genera una sujeción aún mayor en la mujer. Resulta una ironía justificar una intervención que reproduce la desigualdad en nombre de dicha desigualdad. En este sentido, entendemos necesario encontrar sistemas de trabajo de promoción de la conciencia política de las mujeres. Una conciencia política que no está relacionada con el fomento de un divorcio, lo que en cualquier caso es decisión de las partes implicadas, sino con la toma de conciencia de la situación de discriminación sufrida.

Toda esa carga resulta explosiva en un doble sentido: por un lado, las mujeres, sobre todo las más jóvenes, han tomado conciencia de su situación al asumir expectativas claras a favor de la igualdad y mayor colaboración en el trabajo y la familia, pero sus expectativas tropiezan con desarrollos en el sentido contrario en el mercado laboral y en el comportamiento de los hombres. Éstos, a su vez, han adquirido cierta retórica de la igualdad pero no acaban de ser consecuentes con sus actos. La conciencia de las mujeres y la persistencia de los hombres en la adjudicación y mantenimiento de roles tradicionales hace inevitable la confrontación. En este sentido, la feminización de la demanda no hace más que corroborar el largo enfrentamiento de los géneros. Una experiencia de la desigualdad que cabe situar, además, en los mismos cuerpos: una cuestión es la simpatía que un hombre puede sentir por la lucha feminista y, otra muy distinta, es la experiencia vivida y la lucha encarnada.

### ***2.1. Lo femenino y lo maternal***

La gran mayoría de demandas llegan por razones económicas; sin embargo, los equipos profesionales no pueden evitar focalizar el centro de su intervención en el cuidado de las hijas y los hijos, lo que evidencia una clara dificultad a la hora de separar lo femenino de lo maternal. Una dificultad a la que se suma la no existencia de un simbólico femenino. La frase “ya eres una mujer” durante la pubertad esconde un engaño. En realidad lo que se está diciendo es “cuidado, ahora puedes ser madre”. Se plantea la posibilidad de la maternidad pero no se responde al enigma de qué es ser mujer. “La mujer no existe”, nos dice Lacan. El significado identificador del lado femenino no tiene el mismo estatuto que del lado masculino. Este último existe en el simbólico de manera ordenada y ritualizada en todas las culturas. Todos los ritos son del lado masculino, no existen ritos



de iniciación que puedan funcionar a partir de un significante de la mujer. Lo que aparece son más bien ritos de reclusión o castración de la mujer cuando emerge la pubertad (otra cuestión será si en occidente podemos hablar de ritos o más bien de su carencia). Esta falta de simbólico femenino podemos verla en las representaciones y narraciones que las mujeres construyen sobre sus biografías. Y las vemos también en las interpretaciones y actuaciones de los profesionales que las acompañan. Por lo tanto, cabe decir que algo del orden de la construcción de un simbólico femenino está en juego en el proceso de acompañamiento cuando se trabaja con ellas.

En el campo del trabajo social y educativo a menudo se piensa que si no se puede hacer gran cosa para resolver la precariedad material que ha podido motivar la demanda inicial, al menos se puede producir cierta movilización para controlar los riesgos que esas situaciones pueden comportar en los miembros más vulnerables de las familias. Así, un hogar familiar con niños en el que se destapa una situación económica precaria es siempre sospechoso de “riesgo de exclusión”, tal y como lo define la jerga administrativa actual. Ese riesgo puede acabar traducéndose en un control de la presunta negligencia infantil, lo que acabará justificando la intervención familiar.

Si nos fijamos en la preocupación de muchas mujeres por llevar a cabo un buen cuidado de los hijos, haciendo frente a todo tipo de vaivenes personales y familiares, deberíamos reconocer que las decisiones que deben tomar muchas de ellas como madres son más complejas que nunca. Hay muchas situaciones sociales desde las que encarar este hecho, pero lo que va quedando claro para muchas, haciendo caso de la sabiduría del feminismo, es que tienen que crear un equilibrio capaz de satisfacer las necesidades de sus criaturas y sus propias necesidades y deseos personales y parentales.

Muchas de las mujeres que llegan a los servicios expresan la necesidad de establecer redes vinculares estables que pueden empezar en la misma figura del profesional, pero que deben dar paso a la entrada de otras personas, a la relación con grupos naturales y no profesionales. El hecho de encontrar mayoritariamente mujeres en los servicios facilita esa búsqueda. El apoyo mutuo resulta esencial en la búsqueda de salidas a la precariedad. Dicho apoyo es una respuesta realista a la falta de recursos sociales y está relacionado con una restauración de las filiaciones humanas. Una recomposición y regeneración del tejido relacional, de la necesidad de los otros. Es, sin duda, una

salida al individualismo y la soledad y, en consecuencia, una posible solución al malestar y sufrimiento que genera esta falta de encuentro con el otro.

La tradicional solidaridad femenina y las redes de apoyo mutuo entre las mujeres pueden explicar también la feminización de la demanda. Es el caso, por ejemplo de las madres primerizas, que necesitan encontrar a mujeres más experimentadas que puedan ser una buena referencia para ellas. De aquí las dificultades que pueden tener las educadoras y/o educadores demasiado jóvenes o inmaduros para vincularse con ellas. Ese contacto con mujeres experimentadas forma parte de las estrategias de intervención familiar más utilizadas. Los servicios de ayuda a domicilio ofrecidos por trabajadoras familiares, por ejemplo, proporcionan un apoyo y un entorno contenedor experimentado a madres y bebés en situaciones vulnerables que da el tipo de validación y ánimos que éstas necesitan para explorar su propio repertorio parental.

## ***2.2. Malestares de la emancipación femenina: la búsqueda de referencias***

En esa búsqueda de referencias por parte de las mujeres más jóvenes se manifiesta también un sentimiento de inquietud ante el hecho de haber abandonado el hogar paterno para fundar uno propio. La situación es más dramática en el caso de mujeres que han emigrado de países lejanos. Sobre ellas planea la angustia de ese abandono y el vértigo de una libertad que las somete a una profunda soledad. Aquí ya no pueden contar con la protección de sus familias. Separadas de sus pequeñas sociedades en las que podían sentirse más o menos integradas, aisladas de su pasado y su universo infantil donde hallaban principios seguros y valores garantizados, asumen que la suerte del porvenir está echada y ya no hay vuelta atrás. Si están solteras y con las manos vacías poseen todavía cierta esperanza. Si han iniciado una vida conyugal y familiar tienen menos que esperar; si acaso, las embarga el miedo de sus nuevas responsabilidades: cómo asegurar cierta estabilidad, qué hacer para compensar el vacío de unos hijos que crecerán sin lazos familiares cercanos, etc. A partir de ese desconsuelo nacen a menudo prolongadas melancolías y diversas patologías.

La elección (o imposición) de una vida familiar propia significa para muchas mujeres el inicio de una libertad vacía –tal y como describió Simone de Beauvoir en *El segundo sexo* (1949)-. En este sentido, más que una libertad es un exilio forzado con todas las rupturas que esto conlleva. No es de

extrañar, entonces, que muchas de las mujeres que llegan a los servicios lo hagan después de haber desarrollado diferentes tipos de obsesiones o haberse expuesto a conductas de riesgo. Algunas buscan vías de escape y se enredan en experiencias promiscuas y relaciones inestables que las desconciertan mucho y no les permiten pensar en su porvenir; otras se muestran abúlicas, sobre todo las más mayores, que ven pasar largos días de vino y rosas...; y como un signo de los tiempos, las hay que se esfuerzan en negar su condición de adultas. Ni tan siquiera la maternidad conseguirá arrancarlas de su obstinación por seguir siendo niñas.

El inicio de una vida familiar agrava, en cualquier caso, el peso de las responsabilidades, y es por ello que aparecen las crisis con tanta frecuencia. Si las mujeres protagonizan las demandas en los servicios es porque no enmascaran esa carga y los conflictos que genera, sobre todo porque esas responsabilidades las someten a ellas y es a ellas a quienes se les plantea fundamentalmente el problema de las relaciones familiares y de pareja con toda su agudeza.

Muchas mujeres limitan sus propias posibilidades con el nacimiento de un hijo, sobre todo las más jóvenes, que se entregan prematuramente a un rol maternal del que difícilmente obtendrán un sentido o una alegría, pues las dificultades no harán más que aumentar y multiplicarse. Cuando no son capaces de cubrir las necesidades básicas de estos hijos, atraerán la intervención de los servicios sociales. En los casos donde se manifiesten conductas negligentes especialmente graves, sus hijos quedarán a cargo del sistema de protección a la infancia desde el que se ejercerá una doble función de control y ayuda.

Los profesionales de los servicios deben prestar mucha atención a la vivencia que estas mujeres puedan tener respecto a su maternidad; saber descifrar si la asumen con rebeldía, resignación o entusiasmo, teniendo en cuenta que las decisiones y sentimientos que pueden explicar no siempre se corresponden con sus deseos más profundos. No hay que dejarse llevar en este caso por los prejuicios. Detrás de una madre joven y soltera que acude desbordada por las cargas materiales que se le han impuesto de pronto puede encontrar en el hijo el punto de apoyo que le faltaba para resarcirse y ganar autoestima, tal y como sostienen muchos autores que han investigado los mecanismos de la resiliencia (Cyrułnick, 2002; Manciaux, 2003), si bien hay que alertarlas de que éste no viene a reemplazar un objetivo de vida rota ni son un material destinado a llenar el vacío de

sus existencias. Por el contrario, aquellas que disfrutan de mejores ‘condiciones objetivas’ para hacerse cargo de la criatura pueden velar en silencio múltiples temores u obsesiones con toda suerte de fantasmas y angustias. En cualquier caso, un hijo no esconde ninguna promesa.

Es importante, pues, analizar los sentimientos que genera la maternidad. Hay mujeres que al convertirse en madres sienten que por fin se emancipan de las suyas, sobre todo si han tenido que cuidar de sus hermanos desde muy jovencitas, pero puede ocurrir también, cuando sus propias madres tienen una presencia muy dominante en sus vidas o los hijos son vividos como una amenaza de futuras servidumbres, que estas mujeres les entreguen sus propios hijos y lleguen a considerarlos como un hermanito o una hermanita antes que el fruto de su vientre. Las hay que, para ello, llegan a cometer maltratos y graves negligencias, para que sean los profesionales quienes lleven a cabo esta acción regulando un acogimiento administrativo con las abuelas. También muchas madres que han sido negligentes con sus hijas se hacen cargo después de los hijos de éstas para reparar los daños cometidos en el pasado y redimir así sus culpas. Para algunas es una forma de recuperar cierto dominio sobre las hijas a través de la posesión de los nietos, que les harán revivir, además, los deseos de su olvidada maternidad. Puede que sus hijas, mientras tanto, repitan la historia de vida de sus madres...

Las mujeres más maduras son más celosas de su independencia y a menudo conciben los hijos como algo que les pertenece sólo a ellas. En estos casos, no quieren saber nada del padre de sus hijos. Las más débiles, por el contrario, se muestran excesivamente solícitas con sus parejas, acosándolas con sus propios miedos y exagerando todo lo que acontece en la vida cotidiana de los niños.

A veces un hijo es deseado con objeto de que consolide una unión, haya o no crisis de pareja, haya o no, incluso, relación estable de pareja. El afecto que depositará la madre con ese hijo dependerá, entonces, del éxito o fracaso de esa relación; por eso muchas madres llegan a los servicios mostrando su impotencia en relación a estos hijos, que no reconocen como propios, temiendo que se vuelvan como sus padres o se venguen de ellas si la relación con éstos fracasó por culpa de los caprichos y debilidades de su propia inmadurez. No se trata de casos anecdóticos. Demasiado a menudo llegan a los servicios mujeres agredidas por sus propios hijos e hijas el odio de los cuales

tiene su origen en situaciones como las descritas. En cualquier caso, muchos padres no hacen más que proyectar sus propias obsesiones y frustraciones en los hijos y eso es lo que les dejan en herencia para que también ellos las perpetúen de forma indefinida.

La feminización de la demanda plantea, pues, problemas singulares que tienen que ver con el contexto de vida femenina y que se manifiestan –tal y como hemos visto- en múltiples situaciones familiares, pero también sociales y económicas. Des del ámbito profesional hay que conocer las verdaderas causas que motivan esas situaciones y hacerse cargo de sus consecuencias para orientar los pasos de esas mujeres hacia la conquista de su autonomía. Nos hallamos en un sistema de estructuras establemente inscritas y sexuadas donde las posiciones ofrecidas a las mujeres reclaman frecuentemente su sumisión, sobre todo a través de un dispositivo central de producción y reproducción social como es la familia. ¿No será, entonces, el peso inconsciente de esa sumisión lo que las acabará empujando a realizar la demanda? ¿Es necesario iniciar un proceso de reapropiación del cuerpo, una nueva inscripción de lo femenino? Si la demanda viene empujada por la sumisión, ésta debe ser situada. En este sentido, ¿son posibles las respuestas moderadas, de consenso ante la injusticia social? ¿Son éticamente correctas? Si el medio actúa de manera hostil con las mujeres, agrediéndolas simbólicamente, ¿no debe el profesional buscar la manera de trabajar dicha sumisión, sujeción y desigualdad social? A menudo el profesional debe sostener la tensión generada por este debate, lo cual supone, muchas veces, un plus de malestar en su práctica profesional.

### **3. La feminización del trabajo familiar en la educación social**

Retomamos la pregunta con la que empezábamos el apartado anterior. Los datos confirman que son principalmente mujeres las que llevan a cabo los programas de atención a las familias. Pero, ¿es cosa de mujeres el trabajo con familias? Algunas y algunos entienden que es “natural” que sean principalmente mujeres las que se ocupen, como educadoras sociales, de determinadas prácticas profesionales, definiéndose y diferenciándose prácticas femeninas y masculinas de la educación social.

La naturalización de algunas diferencias, traducidas posteriormente en desigualdades, implica paralizar el cambio y la transformación social. Una naturalización que, tal y como señala

Bouamama, “consisteix en atribuir a la pròpia naturalesa de les coses l’origen dels seus problemes” (1999, 32). Desde este lugar, no cabe cuestionarse los procesos ni las desigualdades sociales. Las causas principales de los problemas están en las personas que los padecen y la solución de los mismos son una cuestión individual. Siguiendo a Bouamama, se atribuyen causas internas a fenómenos y comportamientos que son fruto de causas externas, económicas y sociales. A fin de evitar la responsabilidad social, se desarrolla, paralelamente, una tendencia a creer que el sistema es justo y que, por lo tanto, las disfunciones deben atribuirse a las personas (Bouamama 1999, 33). En este contexto el trabajo social y educativo no es más que una operación de transformación de la naturaleza de las personas, argumentada en el discurso de la voluntad, la motivación o la beneficencia, naturalizando el fenómeno de la desigualdad de las mujeres y de la exclusión social que padecen algunas de ellas, sobre todo cuando las presuntas causas personales de sus problemas se encadenan a la cuestión del cuerpo, esto es, a la diferencia sexual.

### ***3.1. Un ejemplo, el concepto de cuidados, como argumento***

Los cuidados han sido (y son muchas veces) entendidos (e invisibilizados) como aquellas actividades que realizan las mujeres en el ámbito de lo privado. El cuidado está vinculado a la reproducción y a la vida familiar: la educación de las hijas y los hijos, el mantenimiento de la vida y de la salud. Las emociones y el afecto son sus características definitorias.

Las formas de entender y de vivir las emociones y los sentimientos, como bien han mostrado disciplinas como la Antropología, difieren en función de la sociedad en la que vivimos y del grupo social al que pertenecemos. Seríamos ingenuos si pensáramos que todo ello es ajeno a las relaciones de poder.

Si bien es cierto que es universal la capacidad emocional humana, no lo es menos que aprendemos a vivir y a gestionar las emociones condicionadas (que no determinadas) por un entorno sociofamiliar, político y económico concreto. Es ese contexto en el que hemos nacido y crecido el que nos lleva a desarrollar formas de vivir y de practicar el cuidado, diferentes y desiguales.

Que seamos consideradas seres emocionales en mayor medida que los hombres –y más capaces de

cuidar- es una construcción social y un instrumento de subordinación social (Esteban, 2010). Las emociones no son competencia exclusiva de las mujeres, *no es algo que llevemos en la sangre*. Cabe colocar cada cosa en su lugar y distinguir entre afecto, emociones y cuidados. Sólo desde este redimensionar podemos hablar del cuidado como práctica profesional en la educación social.

### **3.2 Mujeres, y hombres, que cuidan**

*“(...) la casa es un espacio humano abierto en tierra anónima. La casa rompe con la dureza de la tierra y los elementos para instaurar la utopía de lo humano, lugar de acogida en el que uno puede estar consigo mismo, ser y hacerse: construir la propia identidad”* (Esquirol 2005, 30).

El primer obstáculo a superar es “saberse”. La familia heredada pero también la construida nos explican quienes somos. Creemos cosas de nosotros mismos que lejos de haber sido contrastadas a través de lo cotidiano han sido interiorizadas a través de las emociones. Y qué difícil es movilizar ese poso emotivo que creemos nos define cómo personas. Cabe “saberse” como mujeres y hombres portadores de una mochila familiar, social y cultural particular. Todas y todos reaccionamos no sólo de formas diversas ante las prácticas profesionales con, para y entre mujeres, sino que también acogemos de forma diferencial nuestras identidades como mujeres y como hombres.

Cuando vemos y actuamos en función de quienes creemos ser, proyectamos. Esperamos ver y actuar a mujeres y hombres en función de patrones heredados y mitificados. Aceptamos sin cuestionarnos que la normalidad empieza en lo que uno mismo debería ser. Es por ello que en ocasiones acompañamos a las familias en función de lo que son en teoría, deficitarias (“de lo contrario no pedirían ayuda”) y no en función de lo que hacen (sus miembros) y por qué lo hacen. Así nos encontramos con prácticas segregacionistas que refuerzan la conceptualización estratificada de las familias según su pertenencia social y cultural. En estos casos suelen ser frecuentes las generalizaciones negativas.

A esta visión esencialista de la familia que demanda se suma una conceptualización en términos de déficit. La mujer que demanda no es vista como agente crítico. A menudo su singularidad es reducida a una globalidad que tiene como base el grupo de pertenencia y su posición en la

estructura social.

Este tipo de prácticas ni parten ni comparten el mundo cotidiano de las mujeres con nombre y apellidos. La educadora (y el educador) saben, a priori, como profesionales *ilustrados*, lo que más les conviene a los sujetos, sin conocer las historias particulares. Sin mirar a los ojos, sin esperar respuestas. Hacen y deshacen. Y siempre se lamentan, *¿después de todo lo que he hecho por ella?*, cronificando y reforzando dificultades personales, familiares y sociales. En estos casos, el culpable del fracaso siempre es la otra.

La generalización no discrimina lo particular. “Sabernos” y “saberlas” precisa observar lo particular, lo real, lo cotidiano. Y para ello es necesario legitimar las voces y las experiencias de quienes acuden a nosotras y a nosotros como profesionales.

*“(...) la casa (esto es: el primer y más concreto espacio de identificación, que es en buena medida recibimiento) es la condición de posibilidad de todo proceso ulterior de identificación y constitución de un mundo (...)”* (Esquirol 2005, 30)

Si “saberse” es el primer paso el segundo es “aceptarlo”. Solo desde el reconocimiento de la debilidad es posible alcanzar la fortaleza. La negación siempre amputa toda posibilidad de cambio. Desde el (auto) conocimiento y la aceptación es posible la construcción de relaciones cómodas con uno mismo, y consecuentemente, con los demás. La seducción nos abraza entonces. El arte de la seducción es un arte a imaginar, a crear.

Mostrarle a otros (a los que dicen que te acompañan y a los que crees que acompañas tú) que otro mundo es posible, mundos de relación e identidades diferentes a las experimentadas en el seno familiar y cultural, es un reto apasionante. Y aquí los discursos son humo si no van acompañados de prácticas cotidianas coherentes con quienes decimos y creemos ser, no sólo como profesionales sino también como personas. El cambio se construye y toma forma en el día a día.



Es desde el conocimiento y la aceptación que algunas mujeres (y hombres) educadoras practican el reconocimiento. El propio y el ajeno. Hablamos de profesionales que *cuidan* a las personas. Mujeres que han asumido su propia exposición a las dificultades a lo largo de sus trayectorias vitales. Ellas, como todas y todos, también se saben frágiles. Una fragilidad pensada y elaborada que les permite ser unas magníficas seductoras en el arte de acompañar.

Este saberse mujeres y frágiles les permite entender que las dificultades que manifiestan las personas a las que acompañan, mayoritariamente mujeres, no son sólo el resultado de una historia personal y familiar singular, sino que también son consecuencia del tipo de estrategias que profesionales como ellas utilizan desde las instituciones sociales, educativas, económicas y políticas.

Lejos de juzgar escuchan, y lo hacen compartiendo un café con ella, en el parque mientras juega con las hijas y los hijos o en casa mientras habla con él. Practican, en palabras de Salomé, *una relación de espera*, “on ne parle pas sur l’autre, on ne le déqualifie pas, on no le culpabilise pas, on n’exerce pas de menace ou de chantage on n’établit pas de rapports dominant-dominé » (Salomé 2000, 25).

Entre este tipo de mujeres es habitual una resistencia al encorsetamiento que supone muchas veces trabajar desde y para las instituciones. Entienden que difícilmente pueden practicar la escucha en el despacho de 8 a 15h.

Las profesionales educadoras que practican el cuidado personalizan su acompañamiento a través del reconocimiento. Reconocimiento que incorpora todo un universo de relaciones personales, familiares y sociales. Sus prácticas incorporan las adquiridas por la mujer a la que acompaña en sus entornos de relación, poniendo de manifiesto su interés por todo su universo familiar, social y cultural. Lo que a menudo genera reconocimiento, participación y dinamismo. Esto es, *encuentros significativos*. Vínculos a partir de los cuales poder acceder “(...) a un nouvel état de conscientisation, a une nouvelle qualité de vie, a une autre qualité de relation avec moi même et avec autri” (Salomé 2000, 25).

Son profesionales mujeres que verbalizan discursos inspirados fundamentalmente, y a grandes rasgos, en éticas humanistas que abogan por un ideal de diálogo, de respeto por las diferencias y de comprensión. Discursos que en la práctica se traducen en una preocupación contrastable por la construcción de procesos de comunicación igualitaria. Preocupación que pasa por el reconocimiento de las diferentes clases sociales, dinámicas de género e imágenes de la realidad, actitudes, valores y saberes entre los miembros de la familia a la que acompaña. Reconocimiento que las lleva a una diversificación en sus prácticas profesionales que parece incidir favorablemente en la participación familiar, social y comunitaria de las mujeres a las que acompaña.

*“(...) Jamás hay un mundo en el que estemos totalmente en casa, ni hay jamás un sujeto que mande en su propia casa.”* (Waldenfels, citado en Esquirol 2005, 54).

El cambio, reconocerse, aceptarse y crear es, sin embargo, un proceso complejo y no se reducen a la mera aceptación y/o resistencia. Cambiar es un proceso que oscila entre un reconocer el estado actual de la situación y un proyectar el estado deseable. Frente a la realidad, los cambios implican un cuestionamiento de la situación anterior y actual: los saberes pasados se enfrentan a los saberes presentes, las estrategias monoculturales se enfrentan a las estrategias pluriculturales. Las consecuencias resultantes no sólo son diversas sino también diferentes, pero todas pasan por las personas que o bien deciden dar continuidad a sus prácticas o bien deciden incorporar los cambios, entenderlos y ponerlos en práctica.

La reflexión nos lleva al “sabernos” y al entender los *por qué* y los *para qué* de nuestras prácticas. Necesitamos ubicarnos para poder decidir. Un decidir siempre condicionado por sus consecuencias. Lo que significa que no siempre podremos, sabremos o queremos asumir el coste emocional que todo cambio implica.

Dejar que los otros formen parte de sus vidas y decidan implica un no siempre compartir, pero un siempre aceptar, que se aleja de todo indicio de resignación, incondicionalidad o neutralidad. De lo que se trata es, en palabras de Barceló, de *estar presente*. Y estar presente significa “confiar, escuchar, compartir i donar nom”, esto es, “(...) canviar la nostra concepció del nostre fer com a

manera d'estar pel nostre estar com a manera de fer" (Barceló 2000, 89).

#### **4. Acompañamiento educativo y responsabilidad profesional**

Como educadoras y educadores sabemos que algunos fenómenos humanos no son cuantificables. Si de lo que se trata es de entender las creencias, las representaciones sociales y las formas de relacionarse, en este caso, de las familias, es necesario *aprehenderlas*.

Sabemos que como personas ni somos estáticos, ni absolutos ni totalmente libres para pensar y actuar. Como mujeres y hombres, como madres y padres, como hijas e hijos, como educadoras y educadores, somos el producto de una construcción social y cultural. Y las construcciones cambian como cambiamos nosotros a la hora de ver las cosas, no sólo a lo largo del tiempo, sino también en función de nuestra posición en la estructura social y de nuestra propia trayectoria vital. Sabemos, pues, que sólo desde la comprensión de las categorías que utilizan los sujetos podemos entender la lógica de sus representaciones sociales y sus formas de actuar.

Sabemos que nuestras actuaciones y nuestras prácticas son principalmente el resultado de juicios, creencias, experiencias y memoria de un pasado. Construimos nuestra identidad social a partir de nuestra pertenencia a determinados grupos (y el plural no se nos ha escapado). Grupos a los que les otorgamos significación emocional (como madres, como profesionales, como jóvenes, como...). Ahora bien, que nos identifiquemos con nuestras culturas no quiere decir que las subscribamos al cien por cien (¿les exigimos a otras y otros que si lo hagan?).

Sabemos que si bien nuestras prácticas cotidianas son el resultado de los modelos culturales adquiridos a través de diferentes procesos de enculturación, las personas somos singulares a la hora de expresarlos. Nuestras opiniones, comportamientos y prácticas cotidianas vehiculan una cultura personal repleta de matices. Una cultura subjetiva que objetivamos en las representaciones sociales que verbalizamos.

Para entender cómo piensan y actúan los sujetos es necesario, pues, *aprehender* que éstos no son

totalmente idiosincrásicos, pero que siempre son singulares. Esto es, nuestras formas de pensar son el resultado de todas nuestras experiencias de vida social, estamos condicionados por nuestra pertenencia a un colectivo que tiene hábitos y juicios elaborados. Es en este sentido que no son únicas porque son interpretaciones fruto de la trayectoria cultural y social. Ahora bien, nunca somos una reproducción del modelo de identidad cultural del grupo social de origen. El contacto con los otros matiza nuestra forma de ver el mundo y contribuye a la reconstrucción de la propia identidad. De tal manera que las actitudes, los saberes y los valores que a diario se ponen en juego en las relaciones con los otros no son siempre los mismos.

“Conocer” al otro es necesario pero no es suficiente en nuestra práctica como profesionales, “no se trata tan sólo de reconocer que no es posible una comprensión total de otra persona, sino que ni siquiera es posible el conocimiento completo de uno mismo. Y es muy probable que haya que celebrar esta imposibilidad” (Esquirol 2005, 59).

Nuestra propuesta es la creación. Esto es, la utilización de nuestra trayectoria personal y profesional, de nuestras posibilidades y dificultades, como recurso a partir del cual dibujar nuevas estrategias y actitudes. Estrategias y actitudes creativas porque nacen de la negociación con uno mismo. Una singularidad que nos permite alejarnos de la normalidad y de la mayoría. De la propia y de la ajena: reconociendo y practicando nuevas formas de expresar las emociones. Descubriendo nuevas realidades, y permitiéndonos modificar aquellos principios que, dicen, rigen todo sistema.

“Ser auténtico implica la difícil tarea de familiarizarse con el propio flujo interior de vivencia que se caracteriza especialmente por su complejidad y continua variación” (Rogers 2003, 93). Esto es, coherencia entre lo que uno piensa, hace y dice.

Una coherencia que nos permite y permita al otro incorporar su propia *existencia*, “(...) el modo de habitar el mundo de un ser que existe, de un ser que no tiene otro ser, otra esencia, que su propia existencia: corporal, finita, encarnada, en el tiempo y en el espacio, con otros. Y la existencia, como la vida, no se puede conceptualizar porque siempre escapa a cualquier determinación, porque es en ella misma un exceso, un desbordamiento, porque es en ella misma posibilidad, creación, invención,

acontecimiento” (Larrosa 2003, 5).

Cabe preguntarse ahora por sistemas de valores y principios, personales y profesionales. Y decidir. Decir sabiendo que ni somos estáticos, ni absolutos ni totalmente libres para pensar y actuar: ¿Podemos reclamarle a la experiencia coherencia?, ¿qué nos permite pensar, decir y hacer la incertidumbre que provoca toda existencia?

## Bibliografía

- Barceló, B. (2000). *Centrar-se en les persones*. Barcelona: Edicions Pleniluni
- Beauvoir, S. (1949/1998) *El segundo sexo*. Madrid: Cátedra: Instituto de la mujer
- Beck, U. y Beck-Gernsheim, E. (2001). *El normal caos del amor. Las nuevas fronteras de la relación amorosa*. Barcelona: Paidós.
- Bouamama, S. (1999). El racisme de la diferenciació. *Educació social: revista d'intervenció socioeducativa*, 11, 32-38.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Cyrułnick, B. (2002). *Los patitos feos: la resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Gedisa.
- Esquirol, J.M. (2005). *Uno mismo y los otros. De las experiencias existenciales a la interculturalidad*. Barcelona: Herder
- Houllébecq, M. (1999). *Ampliación del campo de batalla*. Barcelona: Anagrama.
- Larrosa, J. (2003). *La experiencia y sus lenguajes*. Conferencia presentada en el Seminario Internacional: la formación docente entre el siglo XIX y XX. Buenos Aires: Dirección Nacional de gestión Curricular y Formación Docente. Ministerio de Educación de la Nación.
- Manciaux, M. (Comp.) (2003). *La resiliencia. Resistir y rehacerse*. Barcelona: Gedisa.
- Roudinesco, E. (2004). *La familia en desorden*. Barcelona: Anagrama.
- Salomé, J. (2000). *Passeurs de vies*. Paris: Éditions DERVY.
- VV.AA. (2002). *Globalización y mujer*. Madrid: Ed. Pablo Iglesias.